

REGISTROS PARA UN POSIBLE ASUNTO DE LA

POÉTICA

(Textos y relaciones en la escritura abierta de José Barroeta Paolini)

Luís Camilo Guevara

De la poesía que se ha escrito en Venezuela, durante los últimos años, queremos aquí comentar algunas características de algunos de los libros que se escribieron a partir de los sesenta. Señalamos esa fecha por tratarse casi de un convencimiento de que en esos momentos se sucedieron movimientos significativos en la vida venezolana e, igualmente, en otros países del mundo. Se vivió, se escribió, de una manera casi agónica, por cuanto la sucesión de realidades componían una magnitud de tal naturaleza que todo parecía confluír en una especie de frenesí viviente. Eran los acosos de la época. Era el tiempo de los violentos enfrentamientos morales, espirituales, económicos, culturales. Para vivir se luchaba diariamente, pero con fuertes gritos y avalanchas, lo cual no impedía el que se reflexionara también con mucho coraje y con muchas ganas de torcerle el cuello al propio cisne inexistente. Recordando un hermoso verso del chino Valera: *"parecía comienzo del mundo"*. En esa etapa de creatividad constante del arte de la poesía, el acontecimiento más fastuoso era el de vivir. Así como lo hemos dicho más arriba, era una manera de vivir agónica, pero con fuerza, con determinación, igualmente, era morir.

En la poesía, particularmente, se hicieron profundos cortes en la piel de la palabra diaria, pero los temas siempre fueron los mismos de todos los tiempos: el amor, la muerte, el país, el mundo, la locura, etc, etc. En el vaivén de los acontecimientos, se me dio el magnífico momento de conocer al poeta que hoy relaciono con una escritura hecha con la más fina emoción, con el talento y la sensibilidad de un avizor del hoy, del mañana, de siempre. Un día de lluvia cualquiera, casi a la entrada de la Universidad, cobijándonos bajo unos aleros poco seguros e imprudentes fuimos presentados por el chino Víctor Valera Mora. Después, fue el sucederse de todos los días, la amistad, el conocimiento y esto que se ha dado en llamar una larga vivencia sobre la tierra. De aquellos primeros años, el recuerdo es el de un joven y delgado muchacho de provincia tratando de esquivar las esquinas y los precipicios de una ciudad que todavía no se insinuaba tan peligrosamente como ahora. Nombramos a una Caracas especialmente diseñada para inventar algunas travesuras detrás del telón de sus lugares más recónditos. Una ciudad tranquila o bulliciosa, llena, por supuesto, de extraordinarios y sublimes atardeceres.

Regresando, pues al principio de estas anotaciones, insisto en que la poesía de los años sesenta abre una nueva puerta al sentimiento expresivo, a la composición interior, al hallazgo profético y testimonial, es decir, se dan las campanadas de una generación que aún no ha llamado la atención de quienes se dedican al estudio de estas manifestaciones, de estos alumbramientos. No quiero decir que no se le hayan dedicado muy excelentes esfuerzos a algunas individualidades desde este proceso, lo que deseo señalar es el amplio campo y la significación que podría encontrarse a través de un recorrido por estos innumerables papeles de la famosa década, aquí, hoy, nombrada

No me voy a permitir ninguna especial libertad para dejar asentados los nombres de quienes formaron, junto al poeta Barroeta, una saga de compañerismo y lealtades íntimas en todo ese tiempo transcurrido. Eso es cuestión casi de poca monta, lo importante ahora es tratar de fijar una cierta e indeclinable presencia de un modo de componer y hacer poesía. Ese es el motivo de estas ligeras meditaciones sobre el fondo de un autor que, en plena madurez, ofrece vasto e interesante acopio de experiencias. Creemos, en verdad, no estar haciendo una alabanza impropia. No se trata de inferir sobre inexistentes méritos. Aquí simplemente nos dejamos llevar por el suceso de ir descubriendo a cada momento nuevos esplendores en una poesía que nunca dejamos de leer. Poesía que se impone por su propio valor específico, por su capacidad de asombro, de sabiduría, por su plasticidad y por el enorme acierto que ilumina la cantera inagotable de libros tales: **Todos han muerto, Arte de anochecer, Cartas a la extraña, Fuerza del día** y otros,

"... ando otra vez entre alegrías y soledades, entre calles y golpes inmediatos que preservan, mejor que nos preservan. Apenas llego y comienzo mi vagancia city, con mi inquietud de esconder esta aventura de sol y de conjurar toda memoria que no se parezca a la vida "(Carta fechada: Barcelona, de España, agosto de 1988).

Memos traído esta añoranza porque suponemos que desde ya establece un principio de asuntos que van a sostener el edificio de la creación poética (perdóneseme la comparación prosaica). La creación poética es un impenetrable

castillo donde deben imperar toda clase de juegos y fantasmas. Por eso nos hemos apresurado, pues, a convenir con Pepe en su trashumante recorrido por ese territorio que él llama la región inaugura, región compuesta por las más disímiles lejanías o cercanías, por los más estrechos vínculos, por las más desacertadas (o acertadas) elecciones. Si el don de la ubicación se convirtiera en una verdadera sentencia donde privase lo personal, estaríamos muy lejos de prevenir en la lectura de los libros que hemos mencionado una defensa a priori de la intimidad. Estamos muy lejos del ego conservador, inauténtico, apóstata, candentemente perverso; por el contrario, nos vemos invadidos por el pensamiento solidario, por la relación entre los contrarios, por la existencia más que por la inexistencia, es decir, nos estamos acomodando a la posibilidad de una puerta entreabierta donde la comunicación se establece a partir de la propia contradicción. Con vuestro consentimiento, me permito leer unas líneas de George Bataille:

"Si la conciencia que tenga de mi escapa al mundo, ,si, tembloroso, abandono toda esperanza de acuerdo lógico v me aboco a la improbabilidad – primero a la mía propia y, para acabar, a la de todas las cosas (es fugar al borracho, titubeando, que de una cosa a oirá, toma su vela por él mismo, la apaga de un soplido y, gritando de miedo, acaba por tomarse por la noche) puedo captar el yo lloroso, angustiado (puedo incluso prolongar mi vértigo hasta más allá del horizonte y no encontrarme ya más que en el deseo de otro- de una mujer- única, irremplazable, moribunda, en cada cosa semejante a mí), pero será tan sólo al acercarse la muerte cuando sabré puntualmente de lo que se traía "

Lo que hemos puesto a colación del filósofo es un mero divertimento, tratamos de encontrar la semejanza entre lo que nuestro poeta desafía con su timidez intacta y el desconcierto real que sacude la conciencia del otro.

"Me preparo, como le dije, para unos días mimos, Me preparo, sin temor, para vivir y escribir con desenfado y con rigor sobre esos mundos tercos que se nos aparecen y que nos van dictando una especie de crónica interminable"

(Carta citada anteriormente)

Ahora, bien, la poesía que indagamos pertenece a una sensibilidad muy especial, muy ligada a los estremecimientos totales, a la facultad de intuir sobre posibles mundos muy cercanos o lejanos que casi nadie distingue a simple vista. Se trata de una poesía que atrapa todo el entorno de su autenticidad. No existe desperdicio, ni emocional, ni en los términos escritos. Uno sabe que está tocando fondo, por cuanto la fuerza que trae la visión que nos sorprende está hecha de fuego, de hierro, de una materia insólita y vulnerable, lo cual no es común comunicarla, ni menos aún, esconderla. Baroeta sabe manejar los arcos del sentimiento, pues él es un acólito de los más puros, de los más salvajes. Entendamos por salvaje los espejismos que conforman la real muerte, es decir, la desaparición, la totalidad ausente; es allí, donde comenzamos a distinguir los unos de los otros. Para saber hablar con la muerte, no hay otro camino que la absoluta prescindencia de cualquier vicio indigno. Desde esa orilla uno puede

subir hacia lo más alto, no importa que se tropiece muchas veces en el mismo tramo. Pero esta poesía que pareciera escrita para satisfacer los apetitos del espíritu, no solamente conmueve, no solamente imanta como fortaleza interior sino que, casi intuitivamente, se desplaza hacia el reino múltiple, hacia las soledades de la multitud. ¿De dónde proviene, entonces esa fuerza que rodea los secretos de! poema? ¿No será, acaso, una tentación el leer más allá de lo primario?

Pepe escribe:

*Bajo esta calle de árboles rojos mi
infancia palidece.*

*Puedo reconocer mi vida como en un hilo,
pero no me ha .sido imposible determinar la proveniencia
de ese cuchillo que corla, que parte en pequeños trozos
cada etapa y que una vez confundí con el amor.
Ha sido indispensable olvidar el frenesí,
aquel tonto error de creerme en el pasado.
Antes tampoco fui feliz. No había otra actitud más que la
de ahora
al caminar bajo esta calle de árboles rojos con un ramo
de galaxias para mi amor.*

El poeta habla por nosotros:

*Puedo abrir los ojos
Y verme el alma. Ver en ella el pasado, como si antes
también hubiese vivido. Igual a una noche donde despierto*

con el alba en las manos y suplico.

Resulta así que la poesía nos invade hasta la más temblé confesión todos nos sentimos palidecer. Pero entre una y otra cautividad, sin notas intermedias, pasamos a la menguante hora del desconcierto:

*Una vez en el río,
Vi flotar los senos perdidos de una
adolescente.
Hasta hoy he creído que eran los blancos senos
de mi madre.*

*Después los he soñado; pero ya no flotan,
están muertos. Este sueño es la vía a la cual
rué ato para vivir. La imagen del río es el
espíritu.*

En esta segunda instancia, me comprometo a utilizar el verso de Pepe como un instrumento que anula cualquier intervención por endiosada que sea. Es cuestión de leer sobre la página, nada más, pero antes, voy a tomarme otra licencia y transcribo los finales del poema:

*Advierto que soy un iluminado.
Cuando era marino iba con Sitian a la roca
negra
y espiaba el esplendor de los cerezos en el
parque.
Creo también que bebía cervezas en el Kid.
Esta facilidad mía de imaginar hará que una
noche
encuentre a Susán, borracha, en la avenida.
Yo buscaré un cubo cía agua en la floristería
de Mr. Robinsón y nos iremos los tres hasta la
roca negra.
Ahogaré a Mr. Robinsón*

bajo la luz de la bahía.

El final persiste y doy lectura al mismo

*Una mañana ya no existirán;
te habrás colgado apasionadamente del árbol.*

Irrreal,

la luz de tu cerebro alumbrará los campos.

*La lengua lúcida y azul de tu memoria girará presionada
por un deseo de muerte.*

*Ya no .serás quien vivió fluctuando entre horrores y drogas,
serás libre y feliz como huracán de otoño.*

Casi intuimos todo lo que el poeta toca. Se nos hará costumbre un lenguaje que golpea en las partes más sensibles, donde resbala la más leve brizna imaginaria, en lenguaje lleno de verdades sencillas como el alma. Si deseamos profundizar en su contenido, si estamos en la calle percibiendo cada indicio del ser profundamente humano, podemos sin ninguna mezquindad creemos unos afortunado¹; descifradores de los signos que se nos envían a través de las respuestas que nosotros mismos nos decimos sin mayores pretensiones. Estamos dándole cabida a lo que somos capaces de sentir por sobre el intelecto y de acuerdo al tono de fidelidad que estamos dispuestos a permitir Pepe se explora a sí mismo, mediante un mecanismo poético donde la palabra, la idea que centra la atención, se descompone en tantos significados como la lucidez despierta. Esto quiere decir que el poema, la canción antigua de siempre, suena adentro, como tal vez Arthaud supo comprobarlo.

Por otro lado, el poeta Valera Mora asentaba "Si no hay idioma que uno conozca, tampoco hay poesía que uno goce, es decir no hay vida" Carta fechada: Roma, 27 de octubre de 1972).

Parecieran coincidir los propósitos de los grandes poetas. Al desnudar el lenguaje de su propio follaje, se da uno cuenta que la simple palabra contiene todos los acentos de la condición humana: el dramático, el limpio, el ácido, el inste, el melancólico y el divertido (el humor encarna todas las categorías posibles). En ese terreno, podemos hacer infinitas consideraciones: desde el más precario (ojo con el sentido prístino con el cual utilizamos la expresión), pongamos por ejemplo, a Vallejo, hasta el más crítico y sangriento, pongamos por caso al propio Arthaud.

Escribiendo sobre la poesía de José Barroeta Paolini, decía Jesús Sanoja Hernández:

"Toda experiencia, como inda hoguera, deja cenizas. El consumo se acerca a la consunción, y sólo la poesía posee el don inexplicable de retener la historia y extraer de aquellos subsuelos, sepulturas, vastos cementerios del recuerdo, la materia viva que ayer, en la otra edad, ardió entre vivas a Cuba, bombas Molotov, reuniones nocturnas, simulacros de eternidad revolucionaria y licores sin prosapia que inundaban el ser con la embriaguez de los descubrimientos", el mismo Sanoja Hernández concluía: "A la noche, gran ocultadora, le sucede soles. Entonces todo es luz, redescubrimiento, acto de perennidad, con la fuerza del día".

Resulta imprescindible haber urdido toda esta aglomeración de recuerdos que hacen cómplices a muchos nombres honrosos del que hacer poético de ese país, para adjetivar en Pepe, una voz sin complejos de ninguna especie entre los que trabajan para ubicar la poesía de nuestro continente en su mayor capacidad e iluminación.

Creemos justo destacar que la poesía de Pepe también ha rozado los precipicios comunes de toda jornada. Se ha encontrado, de pronto, frente a imágenes reales e irreales que lo han puesto en zozobra como cualquier mortal sorprendido e incauto. Esto no es ninguna trampa, ni mucho menos. Casi que en plena adolescencia lo descubre y, entonces, se harta de una sensibilidad extrema para escribir:

Qué sabes tú, reina sin edad y sin tiempo, del errar a que me someto. Qué de la música que me domina. Qué de la noche donde no ocurre el sueño y el espíritu despierta y fustiga a sus muertos sobre la carne.

Ya no se quedan para mí colinas ni ciudades. Tu fantasma me conduce, lámpara en mano, a una tiniebla menos miserable, donde prohibidos los retornos carne es burlada por la imaginación

Ah!, pero el poeta también se ha preparado y declara:

Estamos en 1930. Unidos por el ruido de un viento final descubro en el asombro la muerte que me pertenece. Pero

Eres una cosa pequeña, y un nervio que apenas pesa en manos de la madre. Estamos en 1930 y la mar golpea fuerte el paisaje de estaño. Un pájaro marino pasa cerca de ti, un demonio que habrá de señalarte los esplendores que no podrás alcanzar.

*Luego la infancia; perseguir y no socar-jamás la cripta imaginaria que dentro de la mar seduce el corazón; comprender que llegada la edad de los hechos memorables estamos irremediamente perdidos. Inicia entonces el espíritu la gran aventura, fatalmente el mundo nos alimenta de miedo y de pura poesía comenzamos a vivir (Textos: **Carta a la extraña**)*

Como en efecto, se comprueba, el oficio de poeta atrae hasta sus últimas consecuencias. No hay antídoto posible. Todo marcha según el golpeteo sanguíneo que se cuele a través de todos los enramajes del cuerpo. Y de ese pequeño y gigantesco universo que es el cerebro: lo inteligente, lo genial, lo disconforme. Por allí se filtran todos los ríos posibles, el mar, la mujer. En la Antología que se hiciera recientemente de la obra del poeta, leemos: "Existe un momento en que la escritura y quien capta los significados que han de ser, necesitan de una intensa custodia. No es un reposo sino de una batalla silenciosa en la que debemos conjurar todo hecho que sirva de posible interrupción a los mágicos y no siempre bien entendidos llamados de la creatividad". (*Antología* citada).

Esa parece ser la actitud de todo gran creador. Una especial autocrítica que forma, en vez de deformar. Por ese camino se va uno sacudiendo el polvo que cubre el cuerpo un poco fatigado por el trecho largo y cansón, de manera, pues, que enumerando algunos temas comunes en toda poesía, tratamos de resumirla en el desarrollo de una obra esencialmente necesaria, tal como lo es la de José Barroeta Paolini. Por estas tierras, sus regiones inaugurales, anda el espíritu creativo de un poeta a tiempo completo. Réstame a mi ser su devoto y fraterno compañero de provincias.